

# John Henry Cardenal Newman

## «De las incertidumbres a la verdad»

ALFONSO BORRERO C., S.I.\*

### RESUMEN

**J**ohn Henry Newman (1801-1890), uno de los pensadores religiosos más sobresalientes del siglo XIX en Inglaterra, avanzó rápidamente en sus estudios y a los quince años llegó a ocupar el primer puesto en su escuela de Ealing. Sin lograr formar sus convicciones religiosas, sintió la atracción del escepticismo, pero a fines de 1816 su pensamiento experimentó un gran cambio y se hizo cristiano; más tarde, en Oxford, se hizo ministro de la Iglesia Anglicana y predicador en la Iglesia de Nuestra Señora. Después de un viaje a Italia, en 1833, se convirtió en el dirigente principal del Movimiento de Oxford, tendiente a presentar la fe cristiana en su integridad en una iglesia corrompida por el protestantismo. Newman, gracias a sus profundos conocimientos de las fuentes de la revelación, de las Escrituras y de los Padres, unidos a una vida de oración y después de dos años en Littlemore, se hizo católico en 1845 y fue ordenado sacerdote en 1847. El papa León XIII lo hizo cardenal.

#### Abstract

*John Henry Newman (1801-1890), one of the leading religious thinkers of England in the XIX century, advanced rapidly in his studies and at fifteen reached the top of the school at Ealing. Without having been able to form his religious convictions felt the attractions of skepticism, but in the late months of 1816 he had a great change of thought and became a Christian, and*

\* Director del Simposio Permanente sobre la Universidad. Oficina: Carrera 7 No. 40-76.

later, when at Oxford, minister of the Anglican Church and preacher at Saint Mary the Virgin. After his trip to Italy, in 1833 he became the main leader of the Oxford Movement led to present the Christian faith in its integrity in a Church corrupted by Protestantism. Newman, on account of his deep knowledge of the chief sources of revelation, Scriptures, and the Fathers, matched by a prayerful life and after two years at Littlemore, in 1845 became a catholic and was ordained as priest in 1847. Pope Leo XIII created him a cardinal.

El título de esta semblanza histórica transcribe el epitafio de John Henry Cardenal Newman, lapidaria concisión que esculpe el itinerario biográfico «De sus incertidumbres a la Verdad»: *Ex umbris et imaginibus ad Veritatem*.

John Henry nació en Londres el sábado 21 del febrero primaveral de 1801. Fue el primer hijo del banquero John Newman, librepensador en los aspectos religiosos, pero piadoso y cuidadoso de la formación intelectual de su prole. A John le instaba: «Aprende cada día algo si no quieres dejar de ser un buen chico.» La madre, Jemina Foudrinier, era descendiente de refugiados hugonotes franceses. John Henry, por la época de ser internado en su primera escuela en Ealing (1808), infantilmente la soñaba «a la manera de un paraíso», donde más que de su madre el pequeño bebería su primera inclinación religiosa de labios y ejemplos del reverendo Walter Mayers, un piadoso miembro del evangelismo, tendencia religiosa de raíces puritanas del siglo XVII, que en el XVIII se mezcló con ideas metodistas, calvinistas y luteranas, y conquistó adeptos en la Inglaterra del siglo XIX. Mayers, titubeante frente al activo anglicano de la piedad individual, la presencia divina en el alma del creyente y la oposición entre el mundo y la Iglesia, entre la ciudad de Dios y el poder diabólico (latente en el papado), pretendía percibir todo el señalado enjambre de corrientes religiosas, conciliado en el *Book of Common Prayer*, ritual oficial y calendario litúrgico publicado por Isabel I en 1559 y revisado en 1661, y los *Thirty Nine Articles of Religion*, acordados en su base por Enrique VIII, en 1538, con los luteranos de Alemania, pero completados en 1571 para constituirse en la interpretación anglicana de la fe y los sacramentos.

De niño, John Henry era algo tímido. Poco amante de los espontáneos juegos juveniles, prefirió la música y en poco tiempo asumió con virtuosismo el violín. Dado a la lectura y estudioso, desde sus once años empezó a escri-

bir, tanto en prosa como en verso. La pluma sería para John Henry el instrumento que por la palabra escrita expresaría y sensibilizaría sus más íntimos pensamientos. A veces taciturno, era difícil silenciarlo cuando se decidía a hablar. Reflexivo en todo, el sentimiento religioso siempre lo acompañaba. De sus progenitores, y menos de su padre, no podía decirse que fueran fieles evangelistas. Mejor pensemos que su medio familiar estaba integrado por ordinarios pero leales miembros de la Iglesia de Inglaterra; sus padres, en concreto, eran adictos a lo que Newman llamaría «la religión nacional inglesa» o la «*Bible religion*», consistente no en ritos o credos, sino en la ritual lectura bíblica en la iglesia, en el hogar o en privado. A pesar de este hecho, el joven John Henry un día confesará, que antes de sus quince años él no se había formado convicción religiosa alguna, aunque «vivía absorto pensando sólo en dos seres que le eran evidentes: él mismo y su Creador» y satisfecho moralmente con ser «virtuoso» aunque no necesariamente «religioso». Pero Dios estaba al acecho. El 8 de marzo de 1816, por causas cuyo análisis no tiene cabida aquí, a John Henry lo postró la noticia del cierre definitivo del banco paterno y del declive angustioso del sustento familiar. Su madre y sus hermanas Harriett, Jemina y Mary, a quienes tanto amó, ya habían buscado y hallado refugio en el albergue doméstico de la abuela. John Henry, afligido y ausente en su estancia escolar en Ealing, sintió que el infortunio le anunciaba una nueva forma de la presencia de Dios en su vida, muy afín a la crisis religiosa padecida un año antes, que lo condujo a la que él denominaría su «*primera conversión*», a un verdadero y sólido cristianismo. Por entonces andaba embarcado en la lectura de la *Historia eclesiástica* de Joseph Milner, donde -son sus palabras- «quedé poco menos que enamorado de los largos extractos de san Agustín, san Ambrosio y de otros Padres que allí encontré».

Concluídos los años de estudio en Ealing, un hecho casual determinó el ingreso de John Henry a Oxford. Pues aconteció -¿providencialmente?- que la diligencia de previo propósito enrumbada hacia Cambridge, por consejo oportuno del reverendo John Mullens, viajero con el padre y su hijo quinceañero, embridó la cabalgadura, también sorprendida, por las llanuras onduladas y entonces blancas de nieve, hacia los dos ríos que delimitan las severas torres góticas de Oxford. Era el 14 de diciembre de 1816. Buscaron cupo en el Exeter College, *alma mater* de Mullens, pero al no hallarlo disponible, tocaron a las puertas del Trinity, el más «*gentlemanlike*», según Newman lo regis-

trará años más tarde en su *Autobiografía*. Convenida la admisión, el joven John Henry se internó en el Trinity el domingo 8 de junio de 1817. Vestido el atuendo ritual de *cap and gown*, escuchó atento a Thomas Short, el tutor encargado de enseñarle las costumbres del *College* y conducirlo en los trayectos y ajetreos de su dedicación académica.

John Henry halló incómodo el cambio a un ambiente desconocido. Su paradisiaco e infantil sueño de la vida escolar chocaba con la realidad encontrada. Sin embargo, no se amedrentó ante los rumores que describían a Short como una persona estricta y exigente. Como Pablo de Tarso, se hizo a todo y a todos, y con su acostumbrada pasión por el estudio, durante largos meses se preparó, aun sacrificando vacaciones, para los exámenes que al término de su primer trienio vendrían entre el 25 de noviembre y el primero de diciembre de 1820. Los resultados no respondieron a las expectativas. ¿Acaso el estudio no le había exigido más de catorce horas diarias de esfuerzo intelectual? «Di malos exámenes -le escribió condolido a su padre- y me han suspendido.» En el Trinity, muchos conocedores de su talento y su férrea voluntad lamentaron el percance. Pero muy pronto tan dura prueba fue sepultada en el olvido: dos años después, el 12 de abril de 1822, John Henry Newman fue elegido *fellow* del Oriel College. Podría ya sentarse con los personajes de la *faculty*, en el *Common Room*, junto a John Keble y Edward Hawkins, de quienes tanto había aprendido y tan profunda admiración intelectual y espiritual le merecieron.

El cargo de *fellow* aliviaría sus estrecheces económicas y más expedito estuvo para mejor dedicarse a solas a los libros, sus amigos preferidos. Un día, Edward Copleston, al verle deambular solitario, le dijo con británica ironía y en la lengua de los académicos: «*Numquam minus solus quamcum solus.*» «Nunca estarás más acompañado que cuando te encuentres solo.» Soledad que para Newman fue muy relativa: en 1826 fue elegido *tutor* por los *fellows* del Oriel. Tendría que ver con la disciplina escolar de un grupo de estudiantes y, ante todo, ayudarles a construir una sólida estructura personal e intelectual. El nuevo tutor, un rebelde positivo como hemos de verlo, se ganó el afecto de sus estudiantes, pero así mismo, el reproche de sus colegas, porque no gustaba del estiramiento y prepotencia magisterial de oxoniana tradición. En Newman ya brillaba, engastada y sin mostrarse, la sencillez del sabio.

Con anterioridad a su elección como *fellow*, Newman, quien ya había optado por el consejo evangélico del celibato, desechó la idea acariciada por

su padre de los estudios jurídicos, y confirmó los deseos de hacerse ministro de la Iglesia Anglicana. Le interesaba la palabra servicio. Nada de ambición y dignidades. Sentía tener las requeridas condiciones de devoción, afecto y sacrificio. Como tutor y como siempre en sus relaciones sociales, había gustado hablar de corazón a corazón. Y «*cor ad cor loquitur*» será en un día aún remoto el emblema heráldico de sus armas cardenalcias. El 29 de mayo de 1825 fue ordenado sacerdote anglicano y tomó a su cargo la parroquia de San Clemente; y tres años más tarde, el vicariato de Saint Mary the Virgin, la iglesia madre y parroquial de la Oxford University. Aunque modesta, la singular belleza del espacio arquitectónico alojaba a la audiencia durante los actos oficiales de la institución. La feligresía, de ordinario compuesta por tenderos de la High Street, observó curiosa y preguntona el por qué de la incrementada asistencia a algunos servicios dominicales. Es que valía la pena escuchar -se rumoraba- los sermones universitarios del reverendo John Henry Newman a la comunidad oxoniana. Los pronunció entre 1828 y 1843, lapso coincidente -¿y providencial?- con muchas de las reflexiones intelectuales, espirituales y religiosas que lo conducirían a su «*segunda conversión*».

En Saint Mary no hubo sermones de Newman en 1832. Fatigado por las luchas contra el *Reform Bill* con que los *whigs* del Parlamento someterían a la Iglesia oficial de Inglaterra al manejo político, Newman accedió a las insinuaciones de su íntimo amigo Richard Hurrell Froude, de emprender un viaje de descanso y de salud por el Mediterráneo e Italia. Froude, dos años menor que Newman, en muchos aspectos era su alma gemela. Discípulo y admirador de John Keble, como Newman, compartía con éste las inquietudes suscitadas por la amenaza política que se tejía contra la Iglesia Anglicana. Franco y descomplicado, Froude no ocultaba sus críticas a la reforma protestante del siglo XVI, y con amigable y gradual sinceridad le conversaba a Newman sobre su respeto y admiración por la doctrina católica, que sobre la Escritura y la tradición sustenta su fe en el misterio eucarístico, la comunión de los santos y el culto de hiperdulía mariana.

Richard H. Froude y Newman habían zarpado de Inglaterra en el buque Hermes, en diciembre del año ya traído a nuestra memoria. En Malta, expuesto a los aires de la bahía que según la tradición recogiera al naufrago Pablo de Tarso, Newman sintió el hondo desafío del testimonio apostólico paulino. Al llegar a Roma, se encontraron con monseñor Nicholas Wiseman -autor de *Fabiola*- y por entonces rector del Colegio Inglés en la Ciudad

Eterna. Galante a lo inglés fue la entrevista con los dos clérigos anglicanos, quienes por primera vez tenían contacto visible con la Iglesia Católica jerarquizada desde Roma. Desfavorables quizás las primeras impresiones externas, no fueron suficientes para debilitar la admiración inteligente por la profundidad y solidez de los principios doctrinarios del catolicismo. Sería la Roma de los Papas -como en su juventud lo había leído en un libro de Thomas Newton- el Anticristo o la Babilonia y la ramera del Capítulo XVII del Apocalipsis, se preguntó Newman que, británico de verdad, confesaba no ser muy conocedor de la Iglesia Católica. Desde que era un joven estudiante en Oxford, supo del cruce sectario de tendencias e interpretaciones religiosas enfrentadas y escuchó el sartal de episodios históricos y exagerados por la fanática fantasía popular: la inquisición, la historia de la Armada Invencible y sabe Dios cuántos otros cuentos y consejas antojadas a la hora del té.

Froude, minado en su salud, no pudo concluir su periplo por Italia. Navegó de regreso a Inglaterra, mientras Newman prosiguió su viaje a Sicilia, donde «yace el polvo de los Apóstoles.» Visitaría extasiado la tumba del poeta latino Virgilio y la protuberancia cónica del Vesubio. Pero hartado del viaje y de la pobreza acosadora y mendicante del sur de la península, repetidas veces cayó enfermo de gravedad, y fue bien atendido por un doméstico de nombre Genaro. Altas fiebres enturbiaron la lucidez mental y espiritual de Newman. En Leonforte, al fiel criado que angustioso pretendía atesorar la última voluntad del cuasi moribundo, le respondió: «No moriré porque no he pecado contra la luz.» Y reiteró: «¡No he pecado contra la luz!» Un día Newman escribirá en sus *Autobiographical Writings*: «... no he logrado darme cuenta exacta de lo que en aquellos instantes quise decir con semejantes palabras.»

Dios, que no lo perdía de vista, sí era el conocedor eterno del escondido significado. Enfermo de nuevo y después de tres semanas, ya recuperado en Castrogiovanni, dispuso Newman viajar rumbo a Palermo; pero en la madrugada del 26 a 27 de mayo, fecha dispuesta para partir, se halló sollozando en su lecho. «¿Por qué se aflige?» le interrogó el criado, y sólo pudo decirle: «Tengo un importante trabajo que realizar en Inglaterra.» Idéntica respuesta le había dado a monseñor Wiseman cuando el prelado le instó a repetirle su visita en Roma. Confesaría Newman que en las enfrentadas incertidumbre vividas en Italia le sucedió algo parecido a su «primera conversión», si bien a las emociones espirituales vividas en su segunda ronda por la isla siciliana, las sabría entender como una «extraña providencia.» En el viaje Newman no

cesó de escribir poesía. Navegante en un barco cargado de naranjas con destino a Marsella, produjo, de su nostálgica y espiritual inspiración, los versos de *Lead me Kindly Light*, que aún se cantan en iglesias anglicanas y católicas:

*Guíame, Luz gentil; entre las tinieblas,  
¡Guíame Tú!  
Negra es la noche, lejana está mi casa,  
¡Guíame Tú!  
Dirige mis pasos; horizontes apartados  
no quiero ver -me basta un paso.*

*Nunca estuve como ahora; ni te pedí así  
que me guiaras.  
Gustábame escoger mi camino; pero ahora  
¡Guíame Tú!*

Como siempre allá, la Oxford del siglo XIX parecía ser siempre la de siempre. Pero los ánimos universitarios y sociales no estaban tranquilos en esas épocas casi medianeras de la centuria. 1832 fue un año álgido. Las posturas liberales de los *wighs* reñían con la tendencia conservadora del partido *tory*. La universidad se debe a toda nación, afirmaban los primeros, y se mantenían firmes los segundos en su actitud de cerrar -si era posible- los umbrales universitarios a ingleses no anglicanos o católicos que exhibieran en sus credenciales el sello estigmático de *SNOB*, *sine nobilitate*. Casi sin dilemas, los universitarios rechazaron la intervención política en la universidad y, en consecuencia, la remanente simbiosis de la corona y la Iglesia Anglicana. En los *Colleges* de Oxford fue evidente la turgencia de movimientos ideológicos, que a la manera de *Societies* no cejaban de aglutinarse desde los años veinte. A su retorno del continente, en el junio veraniego de 1833, Newman buscó unos días de reposo en los lares maternos. A los pocos días escuchó un célebre sermón de John Keble sobre la «Apostasía nacional» (entenderemos esta dura expresión), suceso que a Newman le instará a escribir: «A partir de entonces, no he dejado de considerar ese día como el comienzo del Movimiento religioso de 1833.»

Estamos, pues, de cara al históricamente conocido como Movimiento de Oxford, cuya efervescencia política, ideológica, teológica y religiosa, unida al contenido de los sermones universitarios de Newman en Saint Mary,

nos explica tanto del «*intellego ut credam*» de nuestro personaje, sublime ruta hacia su definitiva «segunda conversión». Prestigiosos clérigos de la siete veces secular Universidad adhirieron al Movimiento Oxoniano. Reunamos semblanzas de los más destacados, comenzando por Richard H. Froude, a quien ya conocemos y que en gran manera contribuyó a disuadir a Newman de sus prejuicios contra la Iglesia de Roma; Froude moriría muy joven de tuberculosis, en 1836. Otro miembro destacable fue John Keble, cuyo nombre nos retorna a su ya mencionado sermón sobre la «Apostasía nacional». Causa inmediata de esta diatriba fue la supresión, con base en el ya mencionado *Reform Bill*, de diez sedes episcopales anglicanas en Irlanda, por instigación de los parlamentarios liberales enfrentados con la Iglesia Oficial. Es que Keble, hijo de un piadoso pastor anglicano, había sido instruido por su padre con arreglo a la más puritana tradición de la Iglesia de Inglaterra. Tutor en el Oriel College, formó a sus estudiantes, que lo apreciaban como una figura excepcional, a la luz de las normas contenidas en su libro *Christian Year*, aún juzgado como un clásico de la literatura devota y poética anglicana. No es fácil concebir a Keble y a Newman (no muy íntimos amigos entre sí) embarcados en la común contienda del Movimiento de Oxford, de no haber mediado entre ellos la actitud conciliadora de Froude. Keble, en exceso conservador, mucho distaba de la inteligente audacia y la capacidad promotora de Newman, quien a Keble le parecía en cierto modo afecto a las tendencias liberales. Poco hecho a las contiendas, Keble cambiará el fragor del Movimiento por la paz de una parroquia aldeana de escasa feligresía, pues pensaba que salvar un alma puede ser de mayor valor que el renombre mundano.

Del Movimiento también fue parte el doctor Edward Bouverie Pusey, un año menor que Newman y doctor en ciencias bíblicas por la Universidad de Gotinga. En lo político, Pusey se contaba entre los *tories*, y por afinidad religiosa y adversa al evangelismo, era miembro de la Alta Iglesia, la *High Church*, afecta a la organización jerárquica y a las formas tradicionales de la Iglesia Anglicana u Oficial, y contraria a la Baja Iglesia o *Low Church* que, aunque anglicana, en variados aspectos se confundía con las muchas sectas protestantes opuestas al anglicanismo. De la denominada Iglesia Laxa -agreguemos- era muy característica su simpatía por las ideas modernistas liberales y hasta materialistas. La amistad entre Pusey y Newman fue muy íntima; y se contaba que dado el carácter serio y aun huraño de Pusey en su vida hogareña, sus hijos solían gozar de lo lindo con la bondadosa jovialidad de



Newman -asiduo visitante de la familia- y armaban con él las pintorescas escenas de los juegos y marrullas infantiles. En cambio, hacia el exterior, la figura de Pusey se imponía por su inteligencia y su fabulosa cultura en los medios sociales y universitarios. Como canónigo de la *Christ Church*, disfrutaba, además, de notable aprecio en todos los círculos de la Iglesia Anglicana, notoriedad que fue suficiente para que la escandalosa noticia del nacimiento del Movimiento de Oxford se difundiera calificada, en la intriga social, política, religiosa y periodística, con el mote de *Puseyism*.

Pero John Henry Newman era en verdad el ara y el fuego del Movimiento de Oxford. Éste, a ojos vista inaugurado con el sermón de Keble en 1833, traía raíces muy hondas desde los sermones universitarios que Newman predicara durante el lapso de quince años bajo el gótico perpendicular de Saint Mary. Keble se limitó a advertir sobre la peligrosa infiltración política de las ideas liberales en la Iglesia Oficial y a alertar para que el pensamiento anglicano, firme sobre la verdadera naturaleza y orígenes de su religión histórica, moviera banderas, empuñara armas e izara escudos en defensa de la autonomía eclesial respecto del Estado, porque -pensaba a su vez Newman- «la Iglesia no requiere hombres de partido, sino personas sensatas, moderadas, sobrias, de buen juicio que la guíen.»

Las plumas de quienes se habían unido al Movimiento -además de los mencionados, también William Palmer, de Dublín, Arthur Parceval, Hugh Rose, William Ward y varios otros- se aprestaron para dar a luz literaria los *Tracts for the Times* (*Folleto de actualidad*) de pocas páginas, sugeridos por Newman, porque -fueron sus palabras- «sosteníamos los de mi grupo que el cristianismo de los primeros tiempos de la Iglesia era el enseñado por Cristo y los Apóstoles para todas las épocas, y que era el registrado y atestiguado en los formularios por los teólogos anglicanos. La antigua religión, a nuestro parecer, había ido desapareciendo en la tierra a causa de los cambios políticos de los últimos ciento cincuenta años, y debía ser restablecida. Se precisaba una especie de segunda reforma; una reforma mejor que la primera porque no se volvería al siglo XVI sino al XVII.»

Los primeros *Tracts*, hasta el 18, en su mayoría emanados de la pluma de Newman, fueron anónimos y carentes de sucesión lógica entre sí. El primero, de Newman, fue dirigido al clero anglicano: «Soy uno de vosotros, un sacerdote, y por eso no revelo mi nombre: quiero que mi persona pase desapercibida. Hablo porque creo que debo hablar, ya que son muy duros

los tiempos que corren y veo que ninguno de nosotros se alza contra ellos.» En sus primeras emisiones, los *Tracts* no despertaron mucha atención. Sí cuando los obispos anglicanos la prestaron sobre esos batalladores folletos, y más cuando algunos suspicaces percibieron que los *Tracts* reivindicaban con ahínco el carácter de catolicidad -universalidad- de la verdadera religión y de la que fuera la auténtica Iglesia de Cristo. ¿Qué entonces de la Iglesia Anglicana? Tanta fue la alarma, que Newman, por escritos que lo inculpaban de «papista», movió su pluma en un *Tract* contra la Iglesia de Roma, en cuanto romana.

Es que la mente de Newman, entre 1833 (año de su viaje a Italia e inicial de los *Tracts*, como lo tenemos dicho) y 1839, divagaba en una tenaz *incertidumbre*. El venía luchando por la purificación de su Iglesia Anglicana en Inglaterra, pero a la vez se sentía incierto en torno a alguna posible cercanía con la Iglesia de Roma, cuya firmeza en la tradición eclesiástica y patristica él tanto empezaba a admirar. Newman, para entonces un profundo conocedor de los Santos Padres y también del debate, quizás más de tinte histórico que teológico planteado por algunos teólogos, pensaba, antes de su conversión a la Iglesia Católica, que el alejamiento de la Iglesia Anglicana respecto de Roma no había obedecido al propósito de diferenciarse del protestantismo germano, sino sólo al deseo de evadir la corrupción romana del siglo XVI; y que, por tanto, la actitud anglicana con Roma no había significado rechazo alguno a la catolicidad de la iglesia cristiana, mas sí al anhelo de restaurar la tradición apostólica y tradicional en toda su integridad.

Con esta postura mental y en parte psicológica, Newman concebía una Iglesia Universal de la cual hiciera parte el sistema anglicano. ¿Pretendería acaso hacer más católica la mentalidad inglesa, e inglesa la mentalidad católica? La verdad, que llegó a concebir la teoría de una «tercera vía», según la cual la Iglesia Anglicana se situaría en la «vía media» entre una Iglesia Católica muy estática y las iglesias protestantes tan alejadas de la tradición patristica. Así que en el lapso comprendido entre 1834 y finales de 1836, escribió *El oficio profético de la Iglesia en sus relaciones con el romanismo y el protestantismo popular*, porque, entre otras cosas, monseñor Wiseman, de retorno a Inglaterra desde Roma, en 1836, había difundido por el país una impresión aceptada también por Newman y sus amigos del Movimiento: «...que nosotros teníamos en contra, no sólo a los buenos anglicanos, sino también a nuestros tradicionales adversarios, los católicos.» En la obra men-

cionada, Newman expuso la doctrina de la vía media, nombre ya usado por otros teólogos. Pero, reflexivo, comprendió que tal postura -por algunos denominada *Anglocatolicismo*- demostraría una actitud anglicana inconsistente y arbitraria. «La vía media -escribirá Newman en su *Apología*- era sólo una religión sobre el papel.» En Newman se mantenía insistente la angustia por decirse cuál fuera la verdadera Iglesia de Cristo, realmente la de siempre y la de todos a lo largo de la historia.

A esta altura de sus hondas reflexiones, cuando el Movimiento estaba en pleno desarrollo, algunos amigos quisieron saber lo que Newman pensara de los *Thirty-Nine Articles of Religion* y del *Book of Common Prayer*. Por entonces se los creía, en su letra y espíritu, del todo protestantes; pero las hondas reflexiones de Newman venían buscando la manera de darles una interpretación católica, y en este sentido se decidió a escribir el *Tract 90* (1841). Keble preconoció el texto, y no halló nada que aconsejara supresiones o modificaciones. William Ward sí previó el escándalo que se armaría. Y lo fue. El obispo de Oxford, que amaba entrañablemente a Newman, le sugirió abstenerse de escribir y publicar otros *Tracts*, sin imponerle por el momento sanción alguna. La condena al *Tract 90* y a su autor se dejaría venir, más emotiva que razonada, por otros y múltiples cauces: del episcopado anglicano, incluido el obispo de Oxford, y de la autoridad suprema universitaria, que ordenó fijar el texto de la condena en todos los refectorios de la colegialidad oxoniana, como si fuera el anuncio de un «plato venenoso». Clubes, órganos de expresión, medios sociales, cátedras, fondas y hoteles, vagones ferroviarios, señalaban furiosos al traidor de la nación inglesa. Tanto fue el alboroto, que Newman, abatido, en el invierno brumoso de 1841 a 1842 se sintió -nos lo dirá- «como un miembro yerto de la Iglesia Anglicana, tendido en su lecho de muerte.» Le había llegado el momento de grandes decisiones, no determinadas por el sentimiento, sino por la razón, y en abril de 1842 resolvió alejarse del Oriel College. El *Tractarian Movement* llegó a su fin, mas no el íntimo proceso espiritual de Newman.

Era Littlemore un paraje del vicariato de Oxford de casas campesinas, donde a la muerte de su madre, en 1836, Newman había construido una modesta capilla con sede parroquial anexa y había previsto el espacio para un cementerio. En busca de paz, oración, discernimiento e indiferencia ante la voluntad de Dios, allá dispuso huir con sus libros y seguido de un grupo de ordenandos anglicanos, participantes en su espíritu de las inquietudes en

torno al *Tract* que tanto revuelo venía causando. Respetuoso de la conciencia individual de sus acompañantes, dejó que cada uno, como también él, evadido todo afecto, supiera serle fiel al designio divino.

Aquello fue algo similar a un Manresa colectivo. Cuatro años de reflexión retuvieron a Newman en su retiro dedicado de modo muy especial a la lectura de los Santos Padres. Aún miembro de la Iglesia Anglicana, tan amada desde su niñez, la veía alejarse, adicta a sus falsedades, mientras paso a paso en él se debilitaban los últimos prejuicios contra Roma: el culto mariano y a los santos ... Lo atraía el verdadero catolicismo. Pero ¡no he sido -pensó alarmado- una persona cualquiera en la Iglesia Anglicana! ¿Cómo dejarla ahora y a tantos amigos de su vida? Muchos quizás también la abandonarían y lo abandonarían. Pese al explicable temor de escándalo y de soledad, percibió fortalecido el deseo de adhesión a Roma. El 18 de septiembre de 1843, en Londres, Newman dimitió de su cargo parroquial en Saint Mary y a los pocos días, el 24, asistente en Littlemore a los oficios anglicanos presididos por Pusey y colmado el espacio por amigos que les eran comunes, Newman, tras el canto evangélico, subió al púlpito y con heroica sinceridad dio a entender los sentimientos que lo distanciaban de la Iglesia Anglicana. Ese día, en el que Pusey había hablado sobre la amistad, Newman, a la vista de todos, se despojó de sus insignias de grado, depositándolas sobre la balaustrada.

Entre los otoños cobrizos de 1843 y 1845 Newman se mantuvo en la condición de laico en la Iglesia Anglicana, sin ser aún católico, acogido a su refugio de oración y estudio en Littlemore. En edad madura transitaba por un limbo de crisis espiritual apenas comparable al momento juvenil previo a su primera conversión. Pero ahora estaba del todo convencido del paso que daría. «De lo que puedo hablar con toda certeza -escribirá en la *Apología*- es del efecto que me produjo el estudio de los *Ejercicios* de San Ignacio. También aquí se trataba de los actos más puros y directos de religión, y en el trato entre Dios y el alma, durante un período de recogimiento, de buenos propósitos y búsqueda de la vocación, el alma estaba *sola cum solo*.» En febrero de 1843 se retractó de cuanto antes hubiera dicho contra la Iglesia de Roma, y en 1845 comenzó a escribir su *Ensayo sobre el desarrollo del dogma*. «Cuan-to más avanzaba en la obra, tanto más se iban diluyendo mis dificultades, hasta el punto que dejé de hablar de romanos-católicos para llamarlos con audacia, católicos. Antes de concluir mi escrito, resolví pedir mi admisión en la Iglesia Católica.»

En la noche del 8 de octubre de 1845, ante el religioso pasionista padre Domenico Barberi, John Henry Newman pronuncia su abjuración y se incorpora al «rebaño único de Cristo.» Deja para siempre su luminoso albergue de estancia en Littlemore y, el 23 de febrero de 1846, a la Oxford University, que había sido su vida: «Desde entonces -escribirá- no he vuelto a verla, salvo sus agujas y torres divisadas al paso del tren.» Pero ya su nostalgia rodaba sobre el ondulado paralelo de la línea ferroviaria, junto a la alegría plena de su «segunda conversión».

En Roma, cumplidos algunos meses de estudio y de retiro entre el 8 y el 17 de abril de 1847, fue ordenado sacerdote, el 30 de mayo de ese año. Atraído por la virtud y obra de san Felipe Neri, ingresó a la Congregación de Sacerdotes Regulares Oratorianos en 1848 y, en el mismo año, de regreso a Inglaterra, fundó el Oratorio de Maryvale, Birmingham, donde viviría hasta su muerte.

No fueron fáciles los últimos años de su vida: «Incomprendido, completamente incomprendido..., ¡qué triste y oscura ha sido mi vida después que soy católico! Cuando era protestante encontraba triste mi religión, mas no mi vida; ahora, en cambio, lo es mi vida, aunque no mi religión.» «Dios ha sembrado mi camino de mortificaciones.» Antes de su conversión, en 1828, Newman había llorado la muerte de Mary, su hermana menor y preferida y, en 1836, el deceso de su madre. El más duro rechazo familiar vino de su hermana Jémina, quien mantuvo a sus seis hijos alejados del influjo del tío converso. Hoy nos resultan incomprensibles las difíciles relaciones de Newman con el cardenal Manning, converso como él, o que alguien hubiera osado señalar a Newman como «el hombre más peligroso de Inglaterra.» En 1864, Charles Kingsley, un clérigo anglicano, acusó de mendaz el sacerdocio católico, con fundamento en un opúsculo de Newman, callando con astucia que esas líneas habían sido escritas bastante antes de su conversión. En 1870, el político E.G. Gladstone lo atacó duramente.

Pero, caminos de Dios, la siempre activa pluma de Newman respondió y enriqueció a la Iglesia con la *Carta al Duque de Norfolk*; la *Apología pro vita sua*, la *historia de mi espíritu*, y su *Grammar of Accent*, tres de los baluartes, en los escritos de Newman, de la filosofía de la fe. En 1879, accediendo a la solicitud de los católicos de Inglaterra movidos por el Duque de Norfolk, León XIII elevó a Newman a la dignidad cardenalicia. Desaparecidas las som-

bras y las incertidumbres, llegará Newman a la plenitud de la Verdad, en Edgbaston, el 11 de agosto de 1890.

En las sesiones del Concilio Vaticano II, el abad Butler dijo percibir personalmente «que el espíritu de Newman se sentía sobre el Concilio. Los temas sobre los cuales Newman trabajaba a nivel intelectual hace cien años están emergiendo ahora a la superficie.» Y en coincidente reflexión, el obispo Robert J. Dwyer señaló que el Concilio podría, «en un sentido muy exacto ... ser llamado el Concilio de Newman, el cumplimiento de su visión y la justificación de su teología ...» Con motivo del centenario de su muerte, en 1990, el cardenal John Henry Newman fue proclamado Venerable por sus «*virtudes heroicas*.» Desde muy joven, John Henry le había dicho a Dios: «No te pido consuelos, sino santidad.»

La historia del rectorado (1851-1858) de Newman en la Universidad Católica de Dublín (1851-1858), nos merecería muy profundo estudio. Nos satisface que gracias al propósito fundacional de esta institución, Newman hubiera podido legarnos una de las más sabias y bellas sinfonías de la literatura educativa y universitaria del mundo: *The Idea of a University*.

## BIBLIOGRAFÍA

- BORRERO, S.I. ALFONSO, *La educación y la universidad británicas. El pensamiento universitario de John Henry Newman*. Simposio Permanente sobre la Universidad, Conferencia XIV, 2001.
- DESSAIN, CHARLES STEPHEN, *Vida y pensamiento del cardenal Newman*. Traducción de Aureli Boix. Presentación por J.L. Martín Descalzo, San Pablo, 1990.
- KER, IAN, *John Henry Newman, A Biography*, Oxford University Press, 1988.
- NEWMAN, JOHN HENRY, *Apología Pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*. Traducción y notas de Víctor García Ruiz y José Morales, Ediciones Encuentro, 1996.
- NEWMAN, JOHN HENRY, *La fe y la razón. Sermones universitarios, 1823-1843*, Ediciones Encuentro, 1993.
- RANDLE, S.I., GUILLERMO, *La lucha espiritual en John Henry Newman, a la luz de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola*, Desclée De Brouwer, 2000.
- REGINA, GIUSEPPE, *El cardenal Newman en sus escritos*, Ediciones Paulinas, 1960.